

CAMINITOS DESCALZOS

Seudónimo: Juan Huista

Desciende
calladamente
al tapexco
donde duermen
los ixtíos
que mañana
le pintarán a la patria
sonrisas
y canciones,
y el candil
de rodillas
es una esquina
del tiempo
con su canto de grillos
reza,
llora,
sonríe,
sueña.

Desciende
calladamente
la noche
vestida de estrellas
al tapexco
donde duerme el pueblo
desnudo,
descalzo,
humillado,

desnutrido.

Caminitos descalzos
bañándose
en los robustos arroyos
que el aguacero
dejó recomendados
en las avenidas
de la ilusión;
jugueteando,
atizando la canción
liberadora.

En los tapancos
se enreda
la luna.

Detrás
de las puertas
atrancadas
el comal,
la jarrilla
y los tetuntes
chismoseando
alegremente .

El tiempo entra,

se acurruca
cerquita
del tenamaste.

Reina la tranquilidad.

La mañana
tiene frío.

Al rato,
ya no.

Debajo
del poncho
la mañana
pestañea.

Por andar
alegremente
detrás
de las luciérnagas
el nuevo día,
ixtío
recién bañado
con jabón de coche
y estropajo,
dejó

tiradas las chancas
en el barranco
del olvido.

Y me largué
del pueblo amado
porque esa chucha
llamada miseria
no dejaba
de ladrarme.

Y me largué
sin más equipaje
que mis sueños.

Se arrodilla,
se lava la carita
con las alegrías
de los ixtíos
que juegan
en las callejuelas
del pueblo.

El nuevo día
se arrodilla,
se lava la carita
con las alegrías

de los ixtíos
de mi patria,
y sonrío.

Se viste
con la alegría
de los amaneceres;
alza el vuelo
desde las páginas sagradas
del Popol Wuj
y narra historias
de llanto
y esperanza.

El tiempo
se viste
con la alegría
de los amaneceres
tejidos
por los ixtíos
de mi patria
descalza
y vituperada.

Se juntan
como jocoshes,
como zompopos de mayos

todos los días
a jugar canicas
en los caminos
antañones,
se aglomeran
todas
las luciérnagas
en el río
que pasaba besando
los pies
del pueblo.

Se reúnen
todos los días
y todas las luciérnagas
del mundo
para atizarme
la nostalgia,
y me doy cuenta
de nuevo
que estoy vivo,
más vivo,
que nunca.

Que confluyan
en sus miradas
todos los tiempos,
gorjeos,
versos

y calendarios,
y nos vea
con otros ojos.

Y pienso
con una esperanza insólita
que sigue
a la sombra
de un día
de fiesta
despiojando
esos días
que aún
no le han dado respuestas
a su cachimbazal
de preguntas.

Y pienso
en eso,
y en mi corazón
los pájaros alegres
jatean
sus gorjeos
más esplendentes.

Llega
de madrugada

bajo la tímida llovizna
y escucha atento,
alegre,
sonriente.

Se deleita también
en las contadas casitas
de lámina de zinc,
-máquina de escribir-,
la lluvia
escribe
versos húmedos.

Y se va
poco antes
de la lluvia
con el corazón
untado
de versos húmedos.

Me sueño acurrucado
en esos días
que no volverán,
cuando el pueblo
era otro
y no éste;
cuando el río
pasaba
besándole los pies

y los barriletes
del tiempo
se quedaban enredados
en nuestras manos.

Este pueblo
donde nací
y que se vino
agazapado
en mi corazón,
me sonrío
desde una esquina
del tiempo.

Incontables kilómetros
nos separan,
pero sigue aquí,
en la ancha avenida
de mis recuerdos.

Era el poeta,
El Gran Lengua.

Pulsaba
las cuerdas
de la nostalgia
y la chirimía,

y el pueblo
de rodillas
daba gracias
al Supremo Creador
por el llanto
y la sonrisa.

Ecos de lluvias
torrenciales
sonriendo a carcajadas,
el día se va
por los extravíos
perdiéndose
de los calendarios,
caminitos
cubiertos
en el polvo
de las añoranzas,
y los ixtíos
sonríen,
cantan
e inventan
un nuevo país
donde todos
seamos hermanos.

En las ramas

del tiempo
los pájaros
anunciando
días alegres
donde casi
nos han robado
la sonrisa.

Escribo
y me encuentro
cara a cara
con los días
que se quedaron
enredados
en las manos
del pueblo.

Escribo,
sonrío,
lloro
y sueño.

Detrás
de cada árbol
hay un tanatal
de días
bañándose

en la ilusión.

Ya no sonreía.

Era

un jaracatal de llanto,
un pushito de luz,
un chinguete de sombra,
un puñito de claridad,
un titipuchal
de desilusión.

Era

como una noche flamenca,
pero amarga,
triste,
tristísima.

Y la runfia
de las lágrimas
no se cansaba
de lo mismo.

Estos versos,
sólo abren la puerta
para entrar

al jacal
a los recuerdos.

Esos ixtíos
ya se fueron,
nunca volverán;
solamente me dejaron
las luciérnagas
que atraparon
en las calles silentes
y tranquilas
del pueblo.

Se fueron.

Ya nunca volverán.

Era
un candil
en la entrada
del pueblo.

Era,
un poeta.

La noche
menstruando,
chiveada,
detrás
de las ramas
invadidas
por luciérnagas.

La noche
menstruando,
pariendo estrellas.

La conocí.

Todos
en el pueblo
la conocieron
porque deshojaba
el tiempo
y los minutos
se bañaban
en los recuerdos.

La conocí.
La conocimos.

Entonces
encerré
la oscuridad
en un candil
y me puse a reír
a carcajadas.

Mi Tata
aún tiene la costumbre,
la buena costumbre
de enjaular
las noches.

El,
es mi Tata.

Por mi Nana
aprendí
que la ilusión
es un pájaro
que picotea
los caminos
de la vida.

Y siempre decía:

No sean atarantados,
a esa tristeza
que tanto te jode
pegale
una buena chuculeada.

Pobre,
no sé cómo se atrevió
a empedrar
sus sonrisas.

Dele
una chaporreada
a su miedo
y véngase
a mis brazos.

Pobre,
se le enguataló
el corazón
de tristeza.

Y todo,
por cobarde.

¿Y si cajeteamos
los días
para que el rocío
y la humedad
de la esperanza
no se vayan?

Le tizné
la cara
a la desilusión
y de ella
no quedó
ni la shinga.

Escuché
en la vieja radio
nuestra canción
y me zarandé
la nostalgia.

Es sencillo
-dijo-:
Hay que darle
un chupetazo

a los recuerdos.

Se desgarró
el nuevo día,
se desmochó
la noche.

Racimo
de gorjeos
en mi corazón.

La iglesia engalanada.
Viste de blanco.

Las campanas cantan:
“Talán tan...talán...tan...
talán...talán tan...talán...taaannn...”

Hay júbilo.

Talán tan...talán...tan...talán...
talán tan...talán...taaannn...

La fiesta florece.
Talán tan...talán...tan...
talán...talán tan...talán...taaannn...

